

## EL LENGUAJE DE LA ALTERIDAD. ENSAYOS SOBRE HERMENÉUTICA, DIÁLOGO Y LA LUCHA POR EL RECONOCIMIENTO, DE JORGE ARMANDO REYES ESCOBAR

Texto recibido: 29 de septiembre de 2014  
 Texto aprobado: 29 de septiembre de 2014

Por Raúl Alcalá Campos\*  
 FES Acatlán, UNAM

El libro que hoy presentamos tiene como punto central las ideas de Hans-Georg Gadamer, quien logró que la filosofía diera un giro importante, en la segunda mitad del siglo pasado, con respecto a la manera de llevarla a cabo. Desde que conozco el trabajo de Gadamer me he sentido un poco desconcertado sobre su obra, pues parece que de alguna manera se aleja del rígido pensamiento de la Modernidad, pero al mismo tiempo no cabe dentro del esquema de la llamada posmodernidad, pues si bien ésta nos incita a abandonar el programa de la Modernidad, dado que no ha cumplido con la promesa que nos fue otorgada por ella misma y sí, en cambio, nos negó la posibilidad de transitar por otros caminos. Gadamer nos invita a repensarla retornando a los griegos, pero al mismo tiempo nos lleva por otros terrenos que nos han permitido de alguna manera enfrentarnos a nosotros mismos. No es, pues, el primer camino por el que nuestro autor nos invita a transitar, sino el que tiene sus inicios con la Modernidad y en particular, con la manera en que se relaciona con el pensamiento de filósofos como Heidegger y Husserl. Éstas últimas son las veredas de la filosofía por las que Jorge Armando Reyes Escobar nos lleva de la mano para comprender de la mejor manera posible la obra de Gadamer. Con una minuciosidad



Imagen: Portada del libro: "El lenguaje de la alteridad. Ensayos sobre hermenéutica, diálogo y la lucha por el reconocimiento." Éditions Fides.

\* Cuenta con los grados de licenciatura, maestría y doctorado en Filosofía. Es profesor de Tiempo Completo de la licenciatura en Filosofía en la FES Acatlán, UNAM. <raulalcala@yahoo.com>

envidiable, nos introduce en los intersticios de su propuesta y nos saca a la luz lo que tiene de raíz. El punto de partida es la presuposición de que la tesis dialógica que está a la base de la hermenéutica gadameriana sólo adquiere sentido bajo una tesis ontológica. Es el diálogo el centro de análisis del libro, para cuya presentación hemos sido convocados, es decir, el horizonte de sentido que abre la lingüisticidad, pero es precisamente la posibilidad de ese horizonte de sentido lo que le otorga a la vez el carácter ontológico a la hermenéutica de Gadamer. No podemos, y tampoco es nuestra pretensión, hacer un puntual recorrido por los senderos que esta obra nos abre, sin embargo quiero mencionar algunas de las líneas en las que Jorge Reyes reflexiona de una excelente manera. Lo que sí pretendemos es que esta mención los motive para obtener y leer con paciencia *El lenguaje de la alteridad. Ensayos sobre hermenéutica, diálogo y la lucha por el reconocimiento*. Espero tener éxito en este cometido.

Empecemos por la introducción, donde toma un papel central la noción de reconocimiento, algo que como experiencia personal me emocionó, sobre todo porque si algo se le criticó a Gadamer fue su falta de sensibilidad respecto a la ética y la política, ya que no desarrolló estos temas de manera específica; sin embargo, como bien nos recuerda el Dr. Reyes, Charles Taylor nos remite a una concepción del pensamiento gadameriano en la que la comprensión abre el espacio social al reconocimiento del otro, es decir, a las diferencias culturales, de tal manera que se sustenta el presupuesto de un razonamiento práctico a la manera de la frónesis aristotélica, que no anda a la búsqueda de un fundamento para la identificación y justificación del fenómeno moral, sino que se ubica en el horizonte histórico concreto de las relaciones sociales que tiene la pretensión, según el Dr. Reyes, de hacer permanente la discusión sobre asuntos que nos atañen a todos en tanto participantes del espacio social, considerando como menos importante lograr un acuerdo universal sobre alguna idea de bien común o de principios procedimentales de justicia. Ciertamente se trata de evitar que el diálogo, en asuntos que nos atañen a todos, se convierta en patrimonio exclusivo de los expertos, del caudillo o de los burócratas; al contrario, se trata de ampliar la apertura para dar cabida a diversas voces, más allá de los límites institucionales. Yo no tengo claro si Gadamer pretende mantener un diálogo considerando que no es importante llegar a un acuerdo, universal o no, pero tengo la impresión de que sí pretende hacerlo, por lo menos ponernos de acuerdo respecto a la cosa. A diferencia de Rorty, para quien está claro que de lo que se trata en filosofía es de mantener la conversación que iniciaron los griegos, y más concretamente Sócrates; no por nada Rorty recurre al término conversación, en oposición a Gadamer, que parece considerarlo como sinónimo de diálogo.

Debo reconocer que mi entusiasmo se incrementó cuando Jorge Reyes nos dice que hay dos caminos para el análisis del reconocimiento, el primero es el de sus ventajas teóricas respecto a las versiones liberales y a la Teoría Crítica, ya que nos proporciona el fundamento reflexivo para comprender por qué no se logra en América Latina la construcción de un espacio público en donde los ciudadanos se reconozcan como participantes de sus instituciones, aunque tal entusiasmo se vio mermado de inmediato pues, acto seguido, afirma que ésta no es una vía que pretenda tomar, por lo que no hará ninguna propuesta al respecto. Se inclina por la otra vía, la de seguir el rastro de la noción de reconocimiento a la manera de una arqueología que ponga al descubierto el movimiento de las categorías y reglas básicas que gobiernan el pensamiento. A esta vía es a la que Jorge Reyes dedica las páginas de su libro, tratando de responder a una serie de preguntas que le sirven de guía. Antes de pasar a esta cuestión, quiero mencionar algunos desacuerdos con sus compromisos personales.

Por un lado, estoy de acuerdo en que en muchos casos la acción concreta rebasa e incluso refuta a la teoría, pero ésta nos provee de ideales a perseguir que funcionan como guía de nuestras acciones, es decir, asumo en su totalidad la expresión de Neurath respecto a que la teoría sin la práctica es vacía, pero la práctica sin la teoría es ciega, aunque debo añadirle que no siempre es posible contar con las dos. Por otro lado, no comprendo la respuesta que da Jorge Reyes a una pregunta que él mismo se hace: ¿significa esto reconocer la absoluta impotencia del pensamiento para transformar la realidad? Su respuesta es no; pero inmediatamente nos dice que escribe con una doble convicción: que la filosofía no puede cambiar nada, que deja todo como está y que ello no significa quietismo ni resignación ante la situación dada. Debo confesar que para mí esto es confuso, pues yo parto de la idea de que la filosofía puede y debe cambiar todo; claro, no de inmediato. No puedo concebir a nuestro momento sin la guía que nos dio la Modernidad, sin ella seguiríamos en la Edad Media, tanto en el ámbito de las ciencias naturales como sociales, y creo que actualmente nos encontramos en un proceso similar en donde se requiere mucha filosofía, aunque paradójicamente se pretende eliminarla de los planes de estudio.

Entremos ahora de lleno al contenido del libro que nos convoca a esta reunión. En primer lugar, y a diferencia de muchos pensadores, Jorge Reyes sostiene que no hay inconsistencia entre la fenomenología y la hermenéutica, sino que más bien ésta última radicaliza la pregunta que la primera se hace respecto a la génesis de todo sentido, trasladándola de la conciencia al lenguaje, de tal manera que la distancia y la alteridad representan un aspecto central para la fenomenología. Este traslado de la pregunta de la fenomenología hacia el lenguaje es lo que pode-

reunión

mos reconocer como el giro lingüístico y la imbricación entre lenguaje, pensamiento y realidad, es lo que se entiende en la obra de Gadamer como “lingüisticidad”, de tal manera que algo adquiere sentido cuando se inserta dentro de las prácticas lingüísticas compartidas por los hablantes, es decir, dentro de una forma de vida intersubjetivamente compartida. Es dentro de esta forma de vida intersubjetivamente compartida en donde ocurre el encuentro dialógico, el terreno de la ética. Pero esto también lleva a la cuestión de que si sólo se puede dialogar al compartir una forma de vida en el que el lenguaje se inscribe, entonces, dado que hay diversas formas de vida y diversos lenguajes, tenemos que reconocer que caemos en un relativismo que parece insuperable. Jorge Reyes lleva a cabo un excelente análisis de esta problemática de acuerdo a cómo ha sido interpretada la postura gadameriana, ya sea desde la filosofía analítica del lenguaje o desde la postura fenomenológica, tomando la posición de que el espacio de sentido, tema de la última postura mencionada, no se da en la conciencia sino en un horizonte pretemático y prerreflexivo que se encuentra en el lenguaje como un modo de referirse al mundo, pero al mismo tiempo considerando que “...la hermenéutica se empeña en la tarea infinita de atisbar el espacio de sentido en el que ya siempre estamos inmersos, esclareciendo cómo se expresa éste en la pluralidad de prácticas lingüísticas”. (pág. 59).

La cuestión ahora es elaborar un análisis que pueda dar sustento a las afirmaciones anteriores. En primer lugar, se trata de defender la idea de que las consideraciones de Gadamer respecto al lenguaje adquieren sentido cuando se les considera parte de un proyecto fenomenológico, si se asume el imperativo husserliano de ir a las cosas mismas preguntando por el sentido del mundo, de tal manera que la referencia es hacia el sentido más que a los fenómenos mismos, es decir, no se trata de descubrir un significado que los fenómenos tienen en sí mismos, pero desde luego son nuestro punto de partida, por ello adquiere un papel central la hermenéutica como un modo de exponer ese espacio de sentido; en otras palabras, hay una continuidad entre fenomenología y hermenéutica. Por eso puede afirmarse que el lenguaje es el hilo conductor del giro ontológico de la hermenéutica, porque tiene una estructura semejante a la de la fenomenología, ya que opera como una orientación al todo. Desde luego, y esto es importante, la tan citada afirmación gadameriana de que el ser que puede ser comprendido es lenguaje no implica una identificación entre ser y lenguaje, sino al contrario, pone un límite al lenguaje, o lo que es lo mismo puede com-

**“La hermenéutica se empeña en la tarea infinita de atisbar el espacio de sentido en el que ya siempre estamos inmersos, esclareciendo cómo se expresa éste en la pluralidad de prácticas lingüísticas.”**

prenderse lo que se puede poner en lenguaje, lo cual no significa que no haya cosas fuera que no puedan ponerse en lenguaje porque carecemos de la palabra para nombrarlas. Esto precisamente es lo que lleva a sostener que no hay una clausura de sentido, no hay un momento en el que se pueda afirmar de manera concluyente que se ha alcanzado el sentido buscado, pues hay una apertura infinita de la experiencia.

Un punto importante al que nos refiere Jorge Reyes es al del papel del diálogo en la propuesta gadameriana, sobre todo a su diferencia con la visión de Habermas, toda vez que éste está concentrado en los requerimientos que permitan un diálogo fluido, es decir, las condiciones ideales del diálogo, las normas que debe seguir un buen diálogo, en tanto que Gadamer lo

ve como una acción concreta en la que estamos involucrados; el primero elabora los criterios para evaluar un supuesto diálogo como bueno o no, y el segundo parte de los diálogos concretos. Una manera de distinguir esta cuestión es que si aceptamos la primera propuesta, la posibilidad de elaborar reglas para calificar un buen diálogo, entonces no habría reparo para llevar a cabo un diálogo en el que no participen los afectados, siempre y cuando se cumpla la normatividad propuesta, con la ventaja de que se estuviera siendo justos incluso para las futuras generaciones, que es la posición de personas como Apel, y desde luego con la ventaja de que sea posible llevar a cabo un diálogo entre Estados Unidos y Europa respecto a un tema que afecte a otros, como a Latinoamérica, excluyendo a éstos últimos, y aun así sostener que es un diálogo justo, con resultados justos. Esto parece no caber en la propuesta gadameriana porque más que estar interesado en que se genere tal reglamentación, él está interesado en los diálogos concretos, sobre asuntos concretos. Sin embargo, según Jorge Reyes, el diálogo en Gadamer debe ser concebido como una indicación formal donde se inserta no el qué de la lingüisticidad, sino el cómo se pertenece a ella, es un modo de ser, no un objeto, es la tensión entre la familiaridad y la extrañeza, la primera



Fotografía: "business meeting" be eustatiub, Mar 5, 2007, www.freeimages.com



como condición de posibilidad de la comprensión, ya que ofrece una dirección de sentido previa, pero al mismo tiempo nos arrastra al otro polo, el de la extrañeza. Aquí quiero citar directamente al autor debido a que se me dificulta la comprensión sobre este último polo: "...la extrañeza no se refiere –nos dice el autor– a un ámbito de objetos allende la comprensión humana o una ‘zona de sombra’ aún no explicitada por la reflexión; más bien, alude a una donación en la cual el sentido desplegado precede al marco categorial constituido por la actividad de la conciencia. De este modo, la extrañeza significa que la conciencia, al indagar las condiciones de posibilidad de su propio quehacer, se da de bruces con un espacio de sentido que no proviene de sus actos intencionales; es decir, la conciencia es incapaz de reconocerse a sí misma como la autora del horizonte en el cual se desplaza." (pág. 124).

Ese cómo que es un modo de ser nos mantiene en la tensión entre familiaridad y extrañeza, entre un espacio de sentido que se ajusta a un sentido previo y la ausencia de un sentido total, es decir, de una cercanía en la comprensión de la cosa, pero al mismo tiempo, con cierta distancia respecto a ella. De ahí que no logramos arribar a una comprensión plena, pues nunca logramos cubrir la distancia que nos separa en su totalidad. No en balde Jorge Reyes afirma que el momento hermenéutico fundamental se da en el encuentro entre tradición y subjetividad, entre familiaridad y extrañeza, el momento de la distancia, y según él es lo que Gadamer nombra "conciencia de historia de los efectos". Es aquí precisamente donde cabe la pregunta que se hace el Dr. Reyes, ¿quién tiene la experiencia hermenéutica? Si bien la mayoría ha contestado la pregunta remitiéndose al sujeto concreto, a la subjetividad, nuestro autor afirma que quien la tiene es la tradición, siendo a la vez sujeto y objeto de esa misma experiencia hermenéutica. Recuérdese que la tradición se concibe como un "Tú", alguien con el que se establece una relación pregunta-respuesta, esto es, un diálogo.

Para finalizar, nuestro autor nos remite a una relación de acercamiento y alejamiento entre el pensamiento de Gadamer y el de Levinas, tomando como punto de partida la pregunta ¿hay sentido más allá del horizonte del ser? La respuesta a ella, para el primero sería: no, si se acepta la tesis de que el ser que puede ser comprendido es lenguaje; en cambio, para el segundo, se trata de poner en suspenso dicha inteligibilidad para dar paso a la génesis desde un punto de lo trascendente. El recorrido de Jorge Reyes para este análisis es a través de la subjetividad y la intencionalidad, concluyendo con la afirmación de que para Gadamer es mi pertenencia a la comunidad en la que me reconozco a mí mismo, en la medida en que soy reconocido por los demás; en cambio, para Levinas, esto significa sujeción y aislamiento, pues la subjetividad se hace rehén, alguien que es cautivo del otro.